

Fernando Aramburu

Patria

Patria

Fernando Aramburu
Barcelona: Tusquets
2016



Tomado de <https://goo.gl/sW9Lfb>

El éxito en España de la novela *Patria* de Fernando Aramburu (San Sebastián, 1959) no tiene precedentes en los últimos tiempos en este país. Lectores, intelectuales y políticos celebraron su aparición como algo necesario. Los 300 000 ejemplares vendidos, junto con los premios de la crítica y el “Francisco Umbral” al libro del año 2016, respaldan al autor. Todos han celebrado el valor que tuvo al arriesgarse con un tema tan delicado como el terrorismo de ETA. Lo cierto es que, en esta novela, Aramburu se adentra en una pequeña comunidad del País Vasco para mostrarnos cómo se vivió en la intimidad el drama de las familias y de los amigos, divididos por su apoyo o distanciamiento respecto a los crímenes perpetrados por la banda terrorista.

La novela comienza el día en que ETA anuncia el abandono de las armas. Bitori va a su pueblo a visitar la tumba de su marido, el Txato, quien ha sido asesinado por los terroristas. Enferma de cáncer, la mantiene viva el deseo de saber quién lo asesinó. El Txato, dueño de una empresa de transportes, estaba condenado a pagar a la banda una contribución, que iba en aumento. La visita de Bitori, después de largos años de destierro, altera la aparente paz del pueblo, en especial la de quien fuera en otro tiempo su amiga íntima, Miren, que había dejado de hablarle tras el asesinato del marido. Esta actitud es compartida por los vecinos, especialmente por el

cura, responsable de animar a los jóvenes a la lucha armada. A su vez, Miren es madre de Joxe Mari, un terrorista encarcelado, sobre quien recae la sospecha de haber asesinado al Txato, y de Arantxa, amiga de infancia de los hijos de Bitori.

Si tuviésemos que elegir una palabra para sintetizar el lazo que une y amordaza a los vecinos de este pueblo sería “silencio”. Todos, sin excepción permanecen mudos ante el horror, aunque por diversos motivos: fidelidad a los propios y temor a los ajenos (en el caso de Miren), protección contra el dolor (los familiares de las víctimas como Nerea, hija del Txato), fidelidad a la banda (el cura, el dueño de la taberna) o por imposibilidad de hablar (Arantxa, que queda inválida a causa de un ictus).

El hecho es que, en aquel pueblo de la provincia profunda, donde todos se conocen, nadie protestó cuando se atacó al Estado español, ni a los representantes del orden, ni a la ciudadanía. Ninguno de los vecinos cuestionó los asesinatos de vecinos y amigos. Los hijos de la comunidad, los miembros de la banda, son apoyados por los parientes que van adoptando posturas fanáticas para justificar sus acciones y evitar mirar a los ojos a las víctimas, con quienes compartieron los momentos más significativos de la vida.

La historia nos convence porque el autor penetra en la conciencia de los personajes y, desde su perspectiva, nos permite ver sus

miedos, sus frustraciones y rencores, a través de la alternancia de tiempos y espacios, hacia adelante y hacia atrás; así, la novela conforma una compleja estructura, que le imprime un ritmo vertiginoso a la búsqueda de la verdad, pero, sobre todo, del perdón. Un engranaje de diálogos da voz a los distintos personajes, a la vez que traza el mapa de las relaciones entre ellos. De igual forma, el autor no olvida detalles de lo cotidiano importantes en la vida de los pueblos vascos, como las comidas, las reuniones en la taberna y las aficiones de los fines de semana a las que se entregan quienes se conocen de siempre.

De esta manera, el lector puede pulsar el clima de tensión que se vivió en aquellos años en los que una juventud sin horizontes encontró en la lucha armada una salida y un sentido. Asimismo, el autor nos muestra cómo se diluyen las tensiones por fuera de aquellos pueblos, en el ámbito urbano, en donde las personas, aun cuando no logran liberarse del dolor, por lo menos encuentran una salida profesional que los aleja de la espiral de odio y de violencia en el que se sumergen los fanáticos.

Dentro de la misma familia, se presenta la paradoja de dos hermanos que viven la tragedia del asesinato del padre de maneras distintas. Uno de ellos es un médico que se enfrenta al hecho de tener que asistir a

un terrorista y que demuestra estar por encima del odio, al hacer el trabajo que cree necesario. Otro es la hija Nerea, que había simpatizado con las juventudes abertzales y oculta su condición de víctima para no ponerse en el punto de mira. Los dos hijos de Miren huyen del estigma de ser hijos de un “enemigo de ETA”, e intentan rehacer su vida lejos de conocidos y amigos del pueblo.

La crítica ha destacado los aciertos de esta novela sin dejar de señalar los fallos de su perspectiva plural (la del cura, la del etarra, la de las víctimas, la de los cómplices) que, a juicio de algunos, se sostiene con dosis de verdad y de mentira a la vez. Pero la literatura no tiene por qué responder a la realidad, ya que su verdad es literaria y, en cualquier caso, su mayor valor tiene que ser la verosimilitud. Puede que algunos personajes estén mejor logrados que otros, pero de lo que no cabe duda es de que, a través de ellos, podemos comprender cómo se va gestando en el corazón de las personas ese huevo de serpiente que es el terrorismo.

Comprendemos la inutilidad de la venganza y la necesaria reconciliación, que solo es posible con el perdón. Este es uno de los mayores logros de Fernando Aramburu.

CONSUELO TRIVIÑO ANZOLA

Narradora, ensayista y docente. Doctorada en literatura.